

éstas razones, sin embargo, pareció admisible al ministro ruso.—¡Siempre plazos! repetía con una especie de acento doloroso. ¿Será que no ha de haber para nosotros mas que plazos que imponer, cuando por nuestra parte no se impone ninguno ni á Madrid ni á Roma? Y aun si fuese un plazo fijo, determinado, despues del cual hubiese de cesar toda incertidumbre, vaya: mas quiere obligárenos á que esperemos hasta el momento en que la negociacion no presente esperanzas fundadas de llegar á entenderse. Luego, hay negociaciones que duran años: de manera que nos será preciso continuar por espacio de unos pocos en estado de armisticio con los turcos.

Mr. de Champagny no pudo menos de sorprenderse del ardor y de la impaciencia de aquel anciano ministro, el cual estaba dominado por una de esas pasiones violentas, que suelen apoderarse á veces de las personas de avanzada edad, y que, al despojarlos de la gravedad peculiar de ella, no les dan el atractivo de la viveza de la juventud (1).

Era, pues, evidente que se agregaba tambien

(1) He aqui lo que escribia Mr. de Champagny al emperador:

«ERFURT, 6 de octubre de 1808.

«Tratando esta cuestion con toda la buena fé posible, y persuadido de que el plazo pedido está tan en los intereses de la Rusia como en los de la Francia, esperaba haber logrado extinguir el sentimiento de desconfianza que revelaba la respuesta de Mr. de Romanzoff; pero mis diligencias han sido infructuosas. Todo aquel que se cree cercano á apoderarse de una presa cuya posesion ha an-

cierta desconfianza al ardor del deseo, y que Mr. de Romanzoff temia, que se quisiese embaucar á él y á su amo con una nueva demora. Viendo Mr. de

helado largo tiempo, se muestra sordo á todas las razones que pueden retardar el logro de ella. Mr. de Romanzoff hace ya treinta años que sueña con esta adquisicion, que considera como el triunfo de su sistema, y en la cual tiene cifrada su reputacion y su honra. Cualquiera otro interés por tanto, le parecerá mezquino en comparacion de este. El emperador Alejandro, que no se halla impelido por ningun interés personal, y á quien son igualmente caros todos los del imperio, debe ser mucho mas accesible á la fuerza de las razones, que, en interes suyo, le prescriben retardar, no el logro de un deseo, sino la mera toma de posesion de una provincia que no puede escapársele. Por mi parte en nada he convenido con Mr. de Romanzoff: aun cuando hubiera estado autorizado para ello, no estoy mas dispuesto que él á ceder, y hasta considero inútil el hablarle antes de la llegada de V. M. Sobre todos los demas puntos, casi estamos enteramente de acuerdo.

*Firmado* CHAMPAGNY.

«ERFURT, 8 de octubre de 1808.

«SEÑOR.»

«Ningun resultado he podido obtener en dos horas de conferencia con Mr. Romanzoff. Por lo visto ha adoptado su sistema de una manera irrevocable: quiere las provincias turcas, las quiere á toda costa, y antes hoy que mañana. Sus objeciones tienden menos contra el artículo VI cuya redaccion quiere V. M. que se mantenga, que contra la adiccion al artículo VII del contraproyecto, la cual se halla concebida en estos términos:

Champagny, que el anciano ministro cifraba en esta adquisición la gloria de sus últimos días, y que sería por tanto mas exigente que Alejandro mismo,

«No se dará á conocer lo mas mínimo á la Puerta sobre las intenciones de la Rusia, hasta tanto que se sepa el efecto que las proposiciones hechas por las dos potencias producen en la Inglaterra.»

«Estas palabras alteran extraordinariamente á Mr. de Romanzoff. Ningun plazo le parece admisible, y sobre todo, si el plazo es indeterminado. ¿Cuándo y cómo, dice, se conocerá el efecto de esas proposiciones? Un primer resultado nos pondrá en la precision de esperar el segundo, este en la de aguardar el tercero, y nuestro arreglo con la Turquía se estará aplazando continuamente.» Este raciocinio lo aplica á todo. Si le hablaba acerca de la proteccion debida á los franceses establecidos en Levante, me preguntaba: «Pues qué, ¿pretendeis aguardar, por ventura, á que regresen á Francia? ¿Cuanto podrán tardar en eso?» La paz con la Inglaterra le parece difícil, y por eso no quiere subordinar á ella la paz con la Turquía. Tambien me ha hablado de la necesidad de llamar la atencion de los rusos con la certidumbre de esta adquisición, y me ha parecido que en efecto abrigaria algunos temores si no fuese tal el resultado del viage del emperador Alejandro. Estos temores me los ha dejado adivinar mas bien que los ha manifestado: pero el sentimiento que mas se traslucia en él, era el de la desconfianza, asi en los acontecimientos como de nuestras intenciones. Si era por esto, por lo que daba despues menos importancia al artículo VI, poco debe importarle efectivamente de qué manera consta en su contenido el consentimiento de la Francia á las adquisiciones de la Rusia, si el artículo siguiente permite á aquella obrar y marchar hácia su fin. Por esto es tambien sin duda, por lo que un plazo indeterminado le altera todavia mas; y teme esponer á probabilidades una ventaja que le parece casi adquirida

creyó deber esperar el regreso de los dos monarcas, y dejar al emperador de los franceses que ejerciese su ascendiente personal sobre el emperador de Rusia, para obtener de él la admision en el tratado de una precaucion que se consideraba como indispensable.

Los dos emperadores con todo su séquito de reyes y príncipes se habian dirigido á Weimar con intencion de permanecer en esta córte los dias 6 y 7 de octubre, y regresar el 8 para entregarse á sus importantes asuntos. Entre Erfurt y Weimar hállase el bosque de Ettersburg. El gran duque de Weimar habia mandado preparar en él una linea de pabellones elegantes para todas las testas coronadas que iban á visitarle. El de los emperadores y de los reyes, colocado en el centro, era magnífico. Por delante de estos pabellones debia pasar una manada inmensa de ciervos, gamos y liebres, que estaban retirados con redes, y dispuesto todo de manera, que al saltarlos tuviesen que sufrir el fue-

en este momento. «La vaguedad de los artículos de Tilsit, (dice) nos ha hecho mucho mal: hemos perdido un año, y tal es á estas horas el único resultado que nos ha producido nuestra alianza con la Francia.»

«Esta obstinacion de Romanzoff, no data seguramente del momento: procede, á no dudarlo, de largas y profundas reflexiones que tienden á un objeto único, á un resultado aguardado con la mayor impaciencia, á la opinion en fin, de que en los momentos actuales nada puede oponerse á la ejecucion de las miras de la Rusia.— Desespero de lograr convencerlo:

«Soy con el mayor respeto etc.»

Firmado CHAMPAGNY.

go de los huéspedes convidados á esta fiesta. Alejandro no habia disparado un tiro en toda su vida: tales eran de pacificas sus inclinaciones. Esto no obstante, mató un ciervo, y á los tiros de aquella compañía ilustre de cazadores cayeron otras muchas piezas. En Weimar aguardaba á los emperadores el recibimiento mas suntuoso. Despues de un banquete esplendido, les dieron un baile en el cual se reunió lo mas brillante de la nobleza alemana. Goëthe y Wieland asistieron tambien á él. Napoleon se separó del bullicio de la sociedad por irse al estremo de un salon á conversar largamente con los dos célebres escritores de la Alemania. Háblóles del Cristianismo, de Tácito, de aquel historiador, que era terror de los tiranos y cuyo nombre, decia él sonriéndose, que pronunciaba sin miedo alguno: sostuvo que Tácito habia recargado un poco el cuadro sombrío de su tiempo, y que no era un pintor bastante sencillo para que pudiese ser completamente veraz. En seguida pasó á hablar de la literatura moderna, comparóla con la antigua, y lo mismo en punto á las artes, que en política, se mostró partidario de las reglas, de la belleza ordenada; á propósito del drama imitado de Shakespeare, que participa del general trágico y cómico, confundiendo lo terrible con lo burlesco, dijo á Goëthe: Me sorprende que un talento tan elevado como el vuestro *no guste de los géneros contrapuestos*.—Palabra, cuya profundidad son incapaces de comprender la mayor parte de los criticos de nuestros dias.

Despues de esta larga conversacion, en la que desplegó una gracia infinita, y durante la cual no pudieron menos de conocer aquellos dos escritores

eminentes que les habia preferido á la compañía de personas de la categoria mas elevada, Napoleon se separó de ellos dejándolos en estremo lisongeados por tan alta prueba de atencion. En la entrevista de Erfurt debió desear sin duda, cuando fueron condecorados ambos con la Legion de honor, distincion que merecian bajo todos títulos, y la cual no perdió seguramente nada de su lustre, por haber sido concedida á tales personages.

A la mañana siguiente, ofreciósele una nueva fiesta sobre el mismo campo donde se verificó la batalla de Jena, entre Erfurt y esta poblacion. Era tal el deseo que habia de complacer á Napoleon, que quizás no se reparaba en rebajar la dignidad propia, recordándose á sí mismos una de las mas terribles batallas ganadas por la Francia contra la Alemania. Habíase erigido un pabellon sobre aquel monte del Landgrafenberg, donde Napoleon habia vivaqueado en la noche del 13 al 14 de octubre, dos años antes; porque es de advertir, que á esta sazón casi se estaba tocando al aniversario de la batalla de Jena. En el pabellon que debia servir para Napoleon hallábase colocado un plano de esta batalla. Sirvióse en aquel un almuerzo, y despues de mil recuerdos consagrados á esta jornada por la multitud de concurrentes que en ella habian tomado parte, y de algunas frases lisonjeras de Napoleon á sus huéspedes alemanes, dirigióse por la derecha á la llanura de Apoldau, situada entre el campo de batalla de Jena y el de Awerstaed, llanura famosa por la inaccion del mariscal Bernardotte. En esta llanura hallábase preparada otra cacería, á la cual se dedicaron algunas horas de la mañana, y en seguida se regresó á Erfurt. Antes de aban-

donar aquellas alturas desde las cuales se domina la ciudad de Jena, Napoleon quiso dejar un recuerdo de beneficencia, que pudiese inscribirse al lado de los terribles recuerdos que habia dejado ya en aquellos lugares. La artilleria habia incendiado y causado grandes destrozos en aquella desgraciada ciudad: Napoleon para indemnizar algun tanto á los que mayores pérdidas habian sufrido á causa de la presencia de su ejército, dió una suma de 300,000 francos.

Vuelto á Erfurt, ocupóse de nuevo á la mañana siguiente, en los graves asuntos que le habian conducido á Alemania, y que habian traído tambien desde tan lejos al soberano de Rusia. Habló de ellos al emperador Alejandro, pero encomendó especialmente á Mr. de Champagny el cuidado de insistir con tenacidad en que se obrase con prudencia respecto á las comunicaciones que se trataba de hacer á Constantinopla, y en que no se proporcionase á la Inglaterra desde el principio de las negociaciones, alianzas que la predispusiesen á perseverar en la guerra. En lo concerniente á la adquisicion de las provincias danubianas, autorizó á Mr. de Champagny para que accediese á la redaccion mas positiva, y que ofreciese las mayores seguridades respecto á la certidumbre de la adquisicion, pero cuidando siempre de que se dejara un plazo para su cumplimiento, que hiciese posible el entablar las negociaciones con Londres.

Al cabo de algunas entrevistas en las cuales se discutieron entre ambos emperadores los asuntos mencionados, Napoleon logró hacer alguna mella en la impaciencia de Alejandro, y teniendo en cuenta las observaciones de Mr. de Champagny,

procuró recabar algo igualmente de la paciencia de Mr. de Romanzoff. Esto no obstante, propúsose que su jóven aliado se fuese contento, porque deseaba que su política actual reposase, no solo sobre la realidad, sino tambien sobre la evidencia de su alianza con la Rusia en paz y en guerra. Asi es, que á pesar de la gran necesidad que tenia de dinero no se opuso á conceder una nueva rebaja en los impuestos de la Prusia. Por el tratado de 8 de setiembre habíase estipulado, segun ya hemos dicho, la evacuacion definitiva del territorio prusiano, á escepcion de las tres plazas fuertes de Stettin, Custrin y Glogau, y mediante 140.000,000 pagaderos en dos años. Al apresurarse á firmar de muy buen grado el rey de Prusia aquella estipulacion, en virtud de la cual quedaba libre de tropas francesas su territorio, habia dicho, sin embargo, que no renunciaba á implorar de la generosidad de su vencedor la rebaja de una carga, que su pais se hallaba imposibilitado de soportar, y tanto él como la reina habian suplicado al emperador Alejandro, que aprovechase su entrevista con Napoleon á fin de obtener algun alivio. Alejandro, cuyo corazon era olvidadizo pero bueno, habia prometido hacer lo posible por lograr lo que se deseaba, y empleó para ello tales esfuerzos, que se conocia bien cuanto hubiera sentido el que no se hubiera otorgado la apetecida gracia. El don de las embocaduras del Danubio hubiera perdido seguramente á sus ojos gran parte de su precio, si al regresar hácia el Norte, hubiese tenido que encontrar quejas y reconvencciones escritas en la frente de sus desgraciados aliados. Merced á esto, habia pedido á Napoleon que se rebajasen 40.000,000 de los 140, y la sustitucion de un

plazo de algunos años al plazo convenido para solventar el total de la suma, llevando su empeño de complacer á la Prusia hasta el punto de redactar y escribir de su puño y letra la carta en que Napoleón debía anunciarle la concesion de la rebaja solicitada, y en la cual se atribuía el buen éxito á su intervencion personal y á sus eficaces recomendaciones. Napoleón sabia bien que este era uno de los medios mas seguros para obligar al emperador Alejandro, y por lo mismo, despues de oponer toda la resistencia que creyó conveniente para hacer mas estimable el sacrificio que concedía, sacrificio real atendido el estado de sus recursos financieros, consintió en la reduccion de 20.000,000 de la suma total, y en la prolongacion de un año para el término del pago de ella. Así, pues, en lugar de 440.000,000 en dos años, la Prusia no tenia ya que pagar mas que 120.000,000 en el espacio de tres, mitad en dinero y mitad en letras. La carta redactada por Alejandro, y rehecha por Napoleón, se escribió con corta diferencia en los términos que aquel apetecía.

Procurando de esta manera los dos soberanos complacerse uno á otro, y cada dia mas satisfechos del acuerdo de sus recíprocas miras, salva una que otra dificultad que solia suscitarse en los pormenores, tenían sin embargo, que hacerse una última insinuacion, sobre la cual no quería Napoleón de modo alguno tomar la iniciativa. Tratábase de una alianza de familia, en virtud de la cual debía ser su alianza política, sino mas sólida, mas ruidosa al menos, de un matrimonio, que uniese á Napoleón con una hermana del emperador Alejandro. Napoleón habia pensado ya mas de una vez en repudiar

á Josefina para desposarse con una princesa que pudiera darle un heredero, y si hasta entonces no habia seguido adelante con este designio, era únicamente por el afecto que le ligaba á la compañera de su juventud, y por las dificultades que le ofrecía el fijarse en una eleccion. Con todo, este proyecto bullia sin cesar en su imaginacion, y aquel era precisamente el momento mas favorable para ocuparse en él, puesto que tenia al lado suyo al soberano sobre cuya alianza quería fundar su política, soberano que era casi de su misma edad, y el cual tenia hermanas casaderas, de cuyas dotes brillantes se hacia lenguas todo el mundo. Si yo lograra semejante union, se decía á sí mismo, me creeria definitivamente dueño de la corte de Rusia, temblarian todos, y se haria la paz. Esto no obstante, y aun cuando pasaba al lado de Alejandro mañanas, tardes y noches enteras, y la intimidad de ambos habia llegado casi al apogeo, jamás le habia hecho la indicacion mas minima el emperador de Rusia sobre un punto en el cual se hallaba tan vivamente interesado. Napoleón en su grandeza, y creyendo honrar á cualquiera con quien se aliase, era demasiado altivo para hacer por su parte la primera insinuacion, sin tener una seguridad de que no serian desestimadas sus pretensiones. Así él como Alejandro, hablaban diariamente de su union reciproca, la cual decían que no podria alterarse por nada en el mundo, mediante á que sus intereses eran unos mismos, á que sus respectivos engrandecimientos no podían causar celos mas que á la Inglaterra, á quien uno y otro tenían reducida á mantenerse en el mar, ó bien al Austria, á quien estrechaban igualmente, el uno sobre el

Izozzo, y el otro sobre el Danubio, y solo en una de estas dos potencias, por tanto ó en las dos reunidas, en quienes podian encontrar enemigos. Todas las razones políticas militaban, pues, en su favor, para que estuviesen íntimamente unidos. Tenian ademas razones personales, puesto que se habian visto y apreciado, habian llegado á hacerse querer uno de otro, convenian en sus miras y en sus inclinaciones, eran jóvenes ambos, ambos tenian abierto delante de sí un porvenir inmenso, y hasta los aplazados proyectos sobre el Oriente, llegaría un día en que pudiesen ponerlos juntos en ejecución.—Romanzoff es viejo, decia Napoleón á Alejandro, y por eso se muestra impaciente de gozar. Pero vos sois joven, y podeis aguardar sin impacientaros.—Romanzoff es un ruso de los tiempos antiguos, respondia Alejandro, y tiene pasiones de las cuales no participo. Yo prefiero civilizar mi imperio á darle ensanches. Si deseo poseer las provincias del Danubio, lo hago mas bien por mi nacion que por mí. En cuanto á los demas arreglos territoriales, tan necesarios á mi imperio, sabré esperar todo el tiempo que sea conveniente. Pero vos, añadia dirigiéndose á Napoleón, debeis empezar ya tambien á gozar de las grandes empresas que habeis llevado á cabo: es preciso que ceséis de esponer ante las balas vuestra cabeza, cuya conservacion es tan preciosa. ¿No habeis conquistado ya harta gloria, y alcanzado bastante poder? ¿Hicieron mas por ventura, Alejandro y César? Gozad, pues, de vuestros triunfos, sed dichoso, y remitamos para lo porvenir lo restante de nuestros proyectos.—A estas protestas de desinterés, Napoleón contestaba con otras relativas á su amor á

la paz y al reposo. Alejandro daba á entender que ya no tenia empeño en la posesion de Constantinopla, y Napoleón parecia hastiado ya de la guerra, de las batallas, y de las conquistas. Ambos príncipes, paseándose solos por las inmediaciones de Erfurt, y seguidos á alguna distancia de sus oficiales, se entregaban de este modo á íntimas confianzas, en las cuales llegaba Alejandro hasta el punto de hablar de sus mas secretos afectos. Mas de una vez se habia hecho conversacion, de que era una verdadera lástima que Napoleón no tuviese hijos, y á pesar de acercarse tanto al punto á donde Napoleón queria conducir á Alejandro, no se habia tocado á él. Aun cuando el joven czar no se hallaba ignorante de lo mucho que se habia hablado, despues de la entrevista de Tilsit, así en París como en San Petersburgo, sobre un proyecto de matrimonio entre su hermana mayor la gran duquesa Catalina y el emperador de la Francia, no habia querido, sin embargo, hacer mencion de ello, observando semejante reserva, no precisamente porque no quisiese consentir en dar su hermana á Napoleón, ni porque considerase, que unida al vencedor de Europa hacia un enlace desventajoso, lo cual no podia ocurrírsele, tan engraido como estaba entonces por su alianza con la Francia, sino porque entreveía y temia una lucha con su madre, y no osaba ofrecer por tanto, aquello mismo que recelaba que no habia de serle posible dar.

Ignorando Napoleón el secreto de esta discrecion obstinada, hallábase muy próximo á sentir cierto despecho, y aun inclinado á manifestarlo, á pesar del interés inmenso que tenia en aparentar

que se hallaba enteramente de acuerdo con el emperador de Rusia. Merced á esta ocurrencia, y por ella tan solo, era por lo que llegaba á hacerse útil la presencia de Mr. de Talleyrand en Erfurt; puesto que, si bien era este muy capaz de revelar á Mr. de Viment los secretos del gabinete, por lo cual habia resuelto Napoleon no comunicarle mas que una pequeña parte de ellos (1), era tambien el único hombre á propósito para insinuar con arte lo que no se queria decir, y seguramente que no podia escogerse mas hábil intermediario para hablar de matrimonios con la dignidad requerida entre los dos mas grandes potentados del universo.

El emperador recurrió, pues, á él para que tratase de impeler á Alejandro á hacer una indicacion que Napoleon por su parte se habia empeñado en que no saliese de su boca. Mr. de Talleyrand, que rehuia cuanto le era posible el mezclarse en las desavenencias de la familia imperial por el temor de indisponerse con unos ó con otros, no encontraba nada grato en mezclarse en un divorcio mas ó menos previsto por todo el mundo, y el cual habia llegado á ser el testo frecuente de las conversaciones de los pensadores políticos. Napoleon, sin embargo, apeló á un recurso singular para atraerle mal de su grado al mencionado objeto.—¿Sabeis,

(1) Mr. de Talleyrand, como ya hemos dicho, sabia de una manera general que se trataba de hacer un tratado que fijase los principios sobre los cuales habia de basarse la alianza; pero ignoraba lo concerniente al don de la Moldavia y la Valaquia, y principalmente, que el punto de la dificultad estribaba en el plazo de algunas semanas que se queria imponer á la Rusia antes de proceder abiertamente á dar pasos relativos á las provincias codicidas.

le dijo, que Josefina os acusa de que os ocupais en el divorcio, y que os profesaba por ello un odio implacable?—Mr. de Talleyrand clamó alta y poderosamente contra semejante calumnia. Napoleon le replicó que no tenia por qué disculparse, en razon á que un día ú otro seria preciso pensar en ello: que á pesar del afecto que profesaba siempre á la emperatriz, se veria obligado, no obstante, á contraer un nuevo matrimonio que pudiese darle un heredero, y en virtud del cual le fuese posible aliarse á una de las poderosas familias, reinantes á la sazón en Europa: que nada seria estable en Francia mientras no se viese el porvenir asegurado; que en aquel momento no lo estaba porque todo basaba sobre su cabeza, y que habia llegado el tiempo, por ende, de tomar, antes de envejecer demasiado, una esposa, á fin de que le diese un hijo. Una conversacion de este género no podia menos de recaer inmediatamente sobre la familia reinante de Rusia, y de consiguiente sobre una alianza conyugal con ella. Mr. de Talleyrand felicitó mucho á Napoleon por el triunfo personal que habia obtenido para con el emperador Alejandro, triunfo que igualaba al menos al que habia obtenido en Tilsit. El jóven emperador no se causaba, en efecto, de espresar en los salones de la princesa de La Tour y Taxis, cuya casa frecuentaba mucho, la admiracion profunda que le inspiraba Napoleon no solamente por su genio, sino por su gracia, su talento y su bondad.— Napoleon, decia sin cesar, no solo es el hombre mas grande del mundo, sino que tambien el mejor y el mas amable. Se le cree ambicioso y en extremo apasionado de la guerra; pero no adolece de ninguna de ambas cosas. Si se le ve constantemente

te en lucha, solo lo hace por una necesidad política, por las exigencias de la situación.—Tales eran los términos en que se espresaba, y Mr. de Talleyrand tenia buen cuidado de transmitir cuanto decía á Napoleon.—Si tal afecto me profesa, replicó éste despues de haber escuchado á Mr. de Talleyrand, que me dé una prueba de ello, uniéndose mas estrechamente á mí, y otorgándome en matrimonio una de sus hermanas. ¿Por qué no ha hablado ni una palabra sobre esto en las intimas expansiones que tenemos todos los dias? ¿Por qué afecta tal empeño en evitar toda conversacion sobre este punto?—Fácil era adivinar que Napoleon queria que se encargase de esta comision Mr. de Talleyrand, y que desplegase todo el talento de que le habia dotado la naturaleza para decir las cosas, ó para obligar á los demas á decir las. Mr. de Talleyrand se encargó efectivamente de ella, y aprovechaba cuantas ocasiones se le deparaban para atraer al emperador Alejandro al objeto apetecido. Este principe que tenia el flaco de querer agradar á todo el mundo, á los hombres de talento con especialidad, y á Mr. de Talleyrand con preferencia á otro cualquiera, solia pasar frecuentemente y muy á gusto algunos ratos con él. Mr. de Talleyrand en vez de aguardar á que se presentara una ocasion favorable, procuró hacerla surgir, conociendo que los dias estaban contados, y tuvo al fin con el emperador de Rusia la conversacion deseada. Despues de estenderse largamente sobre la alianza entre ambos imperios, que era el tema principal de las conversaciones en Erfut, Mr. de Talleyrand procedió á hablar de los medios de hacerla mas sólida y mas evidente, porque era preciso que fuese uno

y otro para que llegara á ser verdaderamente eficaz. El medio de conseguirlo estaba indicado; esto es, añadir á los vínculos políticos los vínculos de familia, lo cual era cosa fácil, puesto que Napoleon se veia obligado en interes de su imperio á contraer un nuevo matrimonio á fin de tener un heredero directo. Esto supuesto, ¿con cual otra familia de las reinantes podia unirse mejor que con la de Rusia, cuyo gefe era á la sazón su aliado íntimo?—Alejandro acogió esta indicacion con las demostraciones mas lisonjeras para Napoleon, protestando de su deseo personal de aliarse con él mas estrechamente, y manifestando que lo que hacia como amigo, le costaria mucho menos trabajo hacerlo como hermano. Mas al llegar aqui tocaba ya á los límites de su poder. Dijole, pues, á Mr. de Talleyrand, que á pesar de cuanto se hablaba en San Petersburgo de la influencia de su madre, él y solo él era el arbitrio único en los asuntos del imperio, así como lo era ella en los concernientes á la familia. Que la emperatriz madre, princesa de severo caracter, y digna de respeto, ejercia sobre sus hijas un dominio absoluto, en el cual á nadie queria conceder participacion alguna. Que si bien nada decía por deferencia á su hijo sobre la política actual, estaba muy lejos, sin embargo, de aprobarla. Que para decidirla á que diese á esta política una garantía tal como una de sus hijas, para convencerla de que la enviase sobre el trono que habia ocupado María Antonieta, trono que, á decir verdad, no podia negarse que habia sido elevado á mayor esplendor que el que tenia en tiempo de Luis XVI, era preciso que hubiese de parte de su madre una condescendencia en la cual no se atrevia á confiar.

Alejandro añadió, en fin, que abrigaba confianza de que lograría decidir á su hermana la gran-duquesa Catalina á aquella union, mas que dudaba mucho de obtener el consentimiento de su madre, y que el violentarla desplegando su autoridad imperial, seria siempre superior á sus fuerzas: que este era el motivo único porque habia guardado tanta reserva sobre el particular; pero que si á pesar de todo podía entrar en las intenciones de Napoleon, que hiciese una tentativa del mencionado género, estaba dispuesto á ponerla por obra, aunque sin responder del éxito.—Satisfecho Mr. de Talleyrand con haber traído las cosas hasta este terreno, y pareciéndole que el concluir la obra comenzada atañía á los dos soberanos, insinuó al emperador de Rusia, que sobre un asunto de esta especie, convenia que fuese él quien hablara el primero. Alejandro, por su parte, despues de dar á conocer la verdadera dificultad, no debia tener naturalmente repugnancia alguna en hablar de ello, puesto que ya no se hallaba arriesgado al compromiso de hacer una promesa que luego no le fuese dable cumplir. En su consecuencia prometió franquearse con Napoleon en la primera entrevista que tuviesen.

En Erfurt veíanse los dos emperadores una porcion de veces al dia, y era urgente el que se dijeran cuánto tenían que decirse, porque el término de la entrevista se hallaba próximo. Alejandro se esplicó, pues, en uno de sus momentos expansivos con Napoleon sobre el delicado asunto de que habia ya hablado con Mr. de Talleyrand, manifestándole, que deseaba mucho el que pudiese añadirse un nuevo vínculo á los que unian ya á

ambos imperios, y que le causaria un placer extraordinario el tener en París una persona de su familia para poder estrechar á una hermana siempre que le llevasen á aquella córte los asuntos de estado. Pero repitió al propio tiempo á su aliado, lo mismo que habia dicho á Mr. de Talleyrand sobre la clase de obstáculos que habia que vencer, sobre sus respetos, y su consideracion á su madre cuya voluntad no se hallaba dispuesto á contrariar en manera alguna, prometiendo, sin embargo, que haria lo posible por vencer las repugnancias maternales, y dando á entender, que podría obtenerlo todo de la córte de Rusia satisfecha, y que esta lo estaria si la nacion lo estaba. Napoleon escuchó con visible regocijo estas palabras, y contestó á ellas con las demostraciones mas afectuosas. Los dos emperadores se prometieron llegar á ser algun dia mas que amigos; prometiéronse ser hermanos, y al hacerse esta promesa, apareció en sus semblantes un nuevo rasgo de contento, y se mostraron mas apasionados que nunca uno de otro (1).

Habia llegado ya el 12 de octubre, y era preciso, por tanto, resolver las últimas dificultades que surgian de la redaccion. Los dos emperadores habian dado á sus respectivos ministros Mres. de Romanzoff y de Champagny la competente autorizacion para que se entendiesen, y en el mismo dia 12 se pusieron de acuerdo sobre el siguiente

(1) Recuerdo haber oido una porcion de veces en mi juventud de boca del mismo Mr. de Talleyrand esta narracion, de cuya verdad no dudo por haberla encontrado enteramente conforme con los documentos oficiales que he consultado.

tratado, acerca del cual debía guardarse el secreto mas profundo.

Los emperadores de Francia y de Rusia renovaban su alianza de una manera solemne, y se obligaban á obrar en comun, ora se restableciese la paz, ora resultase la guerra.

Toda proposicion que á cualquiera de los dos fuese dirigida, debía ser comunicada inmediatamente al otro, y la respuesta tendria que ser comun y concertada entre ambos.

Los dos emperadores convenian en dirigir á la Inglaterra una proposicion solemne de paz, proposicion inmediata, pública, y tan ruidosa como pudiese serlo, á fin de que fuese mas difícil para el gabinete británico el dar una negativa.

La base de las negociaciones debía ser el *uti possidetis*.

La Francia no debía consentir sino en una paz que asegurase á la Rusia la posesion de la Finlandia, la Valaquia y la Moldavia.

La Rusia no debía consentir sino en una paz que asegurase á la Francia, ademas de todo lo que esta poseia, la corona de España sobre las sienes del rey José.

Inmediatamente despues que la convencion estuviese firmada, la Rusia podria empezar á dar cerca de la Puerta los pasos necesarios para obtener, ó por la paz ó por la guerra, las dos provincias del Danubio; *pero los plenipotenciarios* (y esta era la transacion convenida sobre el punto principal) *los plenipotenciarios y agentes de las dos potencias se entenderian sobre el lenguaje que se debería usar á fin de no comprometer la amistad existente entre la Francia y la Puerta.*

Ademas, si á causa de la adquisicion de las provincias del Danubio, se mostraba el Austria con la Rusia como enemiga armada, ó si por lo que la Francia hacia por su parte en Italia y España, se viese espuesta á un rompimiento con el Austria, la Francia y la Rusia se proporcionarian recíprocamente sus contingentes de fuerzas contra aquella potencia, y harian una guerra comun.

En fin, si de la confederacion de Erfurt llegaba á resultar la guerra y no la paz, los dos emperadores prometian volver á verse en el discurso de un año.

Tal fué en la redaccion en que convinieron Mrs. de Champagny y de Romanzoff el 12 de octubre por la mañana. La frase ambigua sobre las precauciones que deberian tomarse para no turbar la union existente entre la Francia y la Puerta, era un medio de eximir á la Rusia de todo plazo, y de lograr al mismo tiempo que no se obrase respecto á Constantinopla de una manera tan violenta, que imposibilitase desde su principio las negociaciones que iban á emprenderse con Londres.

En el instante mismo en que Mr. de Romanzoff habia arrancado de las manos del ministro francés aquella presa tan deseada, quiso desde luego asegurarse de la posesion definitiva de ella, obteniendo las firmas en el instante mismo. Siendo preciso, sin embargo, sacar dos copias de aquel nuevo tratado secreto, y no teniendo paciencia para esperar que se trascribiesen en la cancellería de Mr. de Champagny, se llevó una de ellas, á fin de hacerla en su casa. Asi que las copias estuvieron listas, dirigióse presuroso despues de medio dia á que las firmara Mr. de Champagny, y ac-